

ANDRÉS RUIZ, Enrique: *Lo que queda en las tardes*, ABCD Las Artes y las Letras, Madrid, nº 807, del 21 al 27 de julio de 2007

Lo que queda en las tardes

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Entre un malva cansado y un añil oscuro pero encendido, quedan las largas, inacabables tardes del verano cuando les llega la hora de irse, como paradas, como sin querer irse. Prende en los ojos entonces, cuando la noche ya debiera haber llegado con la capa de sus sombras, un reverbero de luz fosfórica que se resiste a esa llegada, en un cristal de la calle, en el paño de una cómoda, en el filo del cielo. Es el resto o el fondo casi indestructible del día que se va, diríamos que la esencia de algo que ya está ausente. Sabemos que Azorín, en su Castilla del tiempo, llamó «la fragancia del vaso» a lo que queda de algo que ya no está, un algo que sin estar, es todavía.

Hay un pintor de la luz ensimismada, detenida en su puro fulgor de ascua, que con sus pinturas me recuerda ese ser sin estar, ese vivo ardor en el que aparecen las cosas y en el que quedan, se diría que para siempre, a condición de haber sido descarnadas de cuerpo y bulto. En las pinturas y los dibujos que vemos de Juan Carlos Lázaro hay como esta aparición que se hubiera desnudado, despojado de todo lo que los objetos tienen de apariencia, lo que les da su peso y ocupa por ellos un lugar.

PARA ARRASAR GUSTO Y SABOR. En no mucho tiempo, Juan Carlos Lázaro se ha hecho conocer entre quienes «saben», es decir, quienes conocen por su sabor la pintura y no ya por ninguna especie de sabiduría que se pueda adquirir, por ejemplo, en cursos de verano o ferias de arte, inmejorables para arrasar gusto y sabor, o por los pasillos de cualquier otra profesionalidad estética o artística más o menos mediocrática. Y el caso

es que este pintor que nos propone un gustar que es un saber, es curioso, pero lleva ya muchos años afinando sus maneras de pintar para darnos y quitarnos a la vez lo que parece que nos pone delante.

Es así hasta el punto de que estas mismas pinturas que parecían haber nacido para los sentidos del que pudiera saborearlas se llegaron a hacer casi invisibles, como si algo, pujando en el alma del pintor, estuviera allí queriendo, precisamente, sustraernos de lo visto y pintado esa carnalidad golosa de lo sensible. Debe haber por medio alguna ascética que tiene él muy agarrada, una segura reluctancia ante la representación visible del cuerpo redondo de las cosas, algo que nos las quita de estar a la mano o a la boca. En su día escribió el pintor una colecta de afinidades artísticas vetada de meditaciones personales; se titulaba «Hacer sensible la imagen» y se titulaba «A solas con la pintura sola». Allí decía que en la suya hay «una ausencia deliberada de episodios» y que sus motivos -siempre unos cuencos, un frasco, una jícara, dos flores reunidas en un compacto morandiano- no cuentan; que «no cuentan ni dicen nada porque su problema es exclusivamente pictórico». Hay que tener cuidado porque no podemos sacar de aquí ninguna tentación formalista o abstracta, no es eso.

«Yo trato solamente de desnudar la pintura para hacerla visible y audible». decía también. Pero, entonces, si los motivos no dicen, ¿quién habla aquí, o canta, para que alguien escuche?; si la pintura ya ha sido desnudada del todo, ¿qué es lo que se da a ver con ella? A solas con ella, ¿qué dice su mudez? Pero pronto, pese a no poder ver casi nada en las pinturas y (algo más) en los grises, cernidos dibujos, la representación de lo real no es lo que llama al pintor desde los cuencos y las redomas sobre los lisos manteles. No, no son los objetos ni su retrato; nada se oye allí. No es su mudez, sino su silencio. Porque no es lo que vemos, sino el puro, tembloroso asombro de ver en el éxtasis inmóvil, ardido de su revelación acontecida. lo que sirve de cámara para la resonancia de los ecos.

OÍR EL SILENCIO. Y así es como decimos que puede oírse el silencio. En este oír de las pinturas de Juan Carlos Lázaro, apenas vemos nada y entrecerramos los ojos en el

intento de ver. Nada que no sea la desnudez misma en la que ha quedado lo visible, hecho hueso de viva luz vagabunda que no supiera dónde posarse, cuando ya ha desaparecido el bulto y la cosa de cuerpo completo, la pesada masa que el tiempo devora, como si ahora, de una fogata ardida en ascuas, no hubiera quedado sino un poco de ceniza allí. Es entonces como la fragancia del vaso. O como el aire de unas faldas revoladas hace un instante dentro de un zaguán en su fresca sombra. que parece haya quedado allí como un eco, o una bruma de color encarnado para siempre.